



CARDO MÁXIMO

JAVIER
RUBIO

ELEGIR AL LÍDER

Hemos tenido pruebas de un proceso bien ordenado, preparado pacientemente y sin ambiciones personales

LA elección del líder y su relevo es una prueba de fuego para cualquier organización humana, ya sea ésta un partido político o la comunidad de vecinos del bloque. Este fin de semana hemos tenido abundantes pruebas de un proceso bien ordenado como consecuencia de la renuncia irrevocable del máximo responsable, preparado pacientemente durante meses, reglado hasta en sus últimos detalles con minuciosidad exhaustiva, sin que salgan a relucir las ambiciones personales, huyendo de los focos y con cualquier tipo de propaganda de candidatos proscrita, con un reparto de los electores en función de la efectiva implantación territorial y con un debate de ideas sobre el futuro de la organización tan franco como saludable. Todo eso lo hemos visto el fin de semana. ¿En Madrid? Qué va, en Roma.

Los jesuitas inauguraron el domingo su Congregación General número 36, el órgano soberano de gobierno de la Compañía que marca las directrices de la orden fundada por San Ignacio de Loyola hace 476 años. Además, tiene que elegir al sucesor de Adolfo Nicolás, el palentino que ha renunciado al cargo de prepósito general al cumplir los 80 años de edad. El nuevo «papa negro» será el trigésimoprimer general de la Compañía de Jesús. A bote pronto, no hay memoria de otra institución que haya tenido una lista más corta de líderes en su dilatada historia: desde 1540, la Iglesia ha elegido a 46 papas. Descontado San Ignacio, treinta generales para casi medio milenio resulta una plusmarca imbatible de estabilidad en una vida azarosa como pocas en la que se cuentan persecuciones, martirios, expulsiones y disolución papal además de la intervención directa de Wojtyła cuando el carismático Pedro Arrupe —él mismo un «hibakusha» que había sobrevivido a la bomba atómica de Hiroshima—, convaleciente de un grave accidente cerebrovascular, tuvo que ceder el mando de los soldados de Cristo al holandés Peter-Hans Kolvenbach en 1981.

Dudo que haya menos diferencias internas entre jesuitas de los dos extremos en que se polarizó la vida intelectual e ideológica de los integrantes de la Compañía a partir de la decisiva Congregación General 32 —la de la lucha contra todas las formas de injusticia humana que sirvió de humus en el que arraigó la Teología de la Liberación— que entre Susana Díaz y Pedro Sánchez pugnando por la abstención para que Rajoy forme gobierno. A la altura del debate en torno a formas y procedimientos que han vivido los jesuitas en los últimos cincuenta años, la pelea de los socialistas del sábado pasado es una chiquillada que da idea del nivel intelectual en que se mueve la vida política española. Pese a las extraordinarias tensiones internas y las desacomodadas presiones externas, la orden nunca se ha roto, lo que no puede presumirse del PSOE en estos momentos.

Debe de ser cosa del Espíritu Santo, pues.